

como verdadero progreso la obra de Lutero, enemigo de la libertad de albedrío y aun de la misma razón, y que se extasien llenos de gozo ante la revolución francesa, horriblemente tiránica, y ante el mismo Napoleón, aunque déspota horrendo, porque difundió en todas partes las ideas liberales ¹.

No, la libertad de HEGEL y de su escuela no es ni la libertad interna de elección que adorna á todo ser inteligente, ni la que deben asegurar las leyes al ejercicio del derecho; aquella libertad consiste únicamente en la absoluta independencia que atribuyen al Estado. "El Estado, dice HEGEL, es la realidad de la idea moral (*die Verwirklichkeit der sittlichen Ideen*), la realización de la libertad (*die Verwirklichung der Freiheit*), el todo moral (*das sittliche Ganze*); el Estado es fin de sí mismo (*Er ist Selbstzweck*), y tiene el supremo poder respecto de los individuos, cuyo supremo deber consiste en ser miembros del Estado; más todavía: el Estado es voluntad divina, es el Dios realmente presente en este mundo (*Göttlicher Willen, der wirklichen hinieden präsente Gott.*) ²."

Sabido es que, aunque eclipsada años ha dentro y fuera de Alemania la estrella de HEGEL, todavía su idea del Estado como fin de sí mismo domina entre los publicistas heterodoxos, que miran comúnmente el poder y la gloria del Estado como fin y destino último, no haciendo de los individuos otra estima que la de menudas partes que comunican al todo respectivo su ser y su vida, y aun su misma conciencia, contribuyendo de esta manera al progreso de la Humanidad, la cual llega en el Estado á la cumbre de la perfección.

Por donde claramente se ve que el progreso de la Humanidad

coacción, como la que tienen el aire, los ríos, las fieras del desierto, no la del hombre racional, que obra en virtud de propia elección, exento de necesidad natural.

¹ "NAPOLEÓN, decía HEGEL, supo reinar. En Francia acabó luego con las pasiones intestinas; después se derramó á lo exterior con toda la energía de su carácter, sometió á toda Europa y difundió por todas partes las instituciones liberales de la Revolución... La individualidad de los pueblos le venció á su vez; pero el principio de la Revolución, la libertad, allí se quedó." (Ap. WILM, *Histoire de la phil. allem.*, vol. III, pág. 429.)

² *Rechts-philos.*, § 258, § 270.

dad, su cultura y desenvolvimiento en todas las esferas, especialmente en el Estado (idea cruel y bárbara que sacrifica á un ser colectivo y abstracto la dignidad y el destino del hombre) es dogma capital de la filosofía anticristiana.

Prosigamos en el estudio de este dogma para acabar de conocer su horrenda falsedad.

VI

El progreso natural de la Humanidad, considerado como ley física y necesaria, hemos ya visto que exige en calidad de postulado la unidad de ser profesada por los panteístas, de un ser que se desarrolle por sí mismo en el espacio y en el tiempo, sacando en general de su seno la riqueza y variedad de formas que lo manifiestan; y en la vida humana, especialmente, ese progreso es la serie de evoluciones y mudanzas que registra la Historia, cada una de las cuales muestra en cada momento nuevo grado de perfección, ó sea de civilización y cultura. KANT, á la verdad, no sacó su progreso indefinido de semejante principio; mas por esto mismo tuvo necesidad su tesis de ser fundada en razones metafísicas, sin las cuales no se concibe siquiera la falsa filosofía de la Historia establecida en ese perverso dogma. El panteísmo es incapaz de establecer dogma ninguno cierto, pues él mismo carece de fundamento. La ley fatal del progreso es, por consiguiente, un aserto gratuito, una hipótesis vana y absurda, que se desvanece como una sombra ante la mirada reflexiva de la razón.

No es este lugar propio para impugnar el panteísmo, ni aunque lo fuera sería preciso impugnarlo, ya que los libros todos de filosofía están llenos de argumentos contra tamaño error, á los cuales no se ha dado ni puede darse nunca respuesta; pero tratándose del progreso y desenvolvimiento de la Humanidad que propalan los panteístas, causa, á la verdad, asombro que haya nadie capaz de imaginar siquiera que salgan tesoros de vida y civilización de un principio tan vaporeo-

so y menguado como es el *yo* indeterminado de FICHTE, yo sin reflexión ni conciencia de sí mismo, ó como lo *absoluto* de SCHELLING, mera potencialidad abstracta á quien, no obstante, fué osado este filósofo á dar virtud para ser todas las cosas, aun las que más pugnan entre sí, ó como la *idea* no menos abstracta de HEGEL, representación absurda de la identidad más absurda aún del ser y de la nada. Mentira parece que con esas y otras telarañas como esas se haya presumido formar la rica tela de la filosofía de la Historia, y que sobre semejante base hayan querido sostener el supuesto progreso natural de la Humanidad como la ley universal y necesaria de esa fabulosa historia.

Excusado es añadir que no puede idearse absurdo alguno más vil y degradante que un concepto que, privando al hombre de libertad de necesidad, le asemeja á los brutos y á las plantas, y aun á los mismos minerales. Perdiendo el hombre la libertad en tal sistema, con ella pierde la dignidad de su ser y el valor moral de su vida, y es despojado de aquella eximia belleza que dan al alma la virtud y el mérito de las obras; en él pierde, en fin, su vocación y su derecho al Cielo, que es la recompensa y anhelo de los justos que cooperan libremente á la acción divina en la ejecución de los adorables designios del Señor.

¿Pero no podría quizá conciliarse una ley natural y necesaria de progreso con nuestra libertad de albedrío? Locura sería pensarlo. Entre los términos *voluntad libre* y *ley* que determine *físicamente* sus actos, media verdadera repugnancia. La voluntad, en razón del libre albedrío que la adorna, es potencia no determinada á ninguna acción ó movimiento; ninguna ley puede, por tanto, determinarla físicamente, pues antes es ella quien á sí misma se determina, eligiendo libremente este ó aquel bien, de tal manera que puede dejar de elegirlo y elegir lo contrario de lo que elige, como señora que es de sus actos. Dios mismo respeta nuestra libertad; pues aunque nos pone preceptos para conducirnos por ellos á nuestro último

fin, dándonos además su gracia para cumplirlos, estos preceptos no son la férrea cadena de la necesidad física, sino el muro que defiende nuestro albedrío contra los asaltos del orgullo y de las pasiones dentro del augusto recinto de la caridad y de la justicia.

En pro de su imaginario progreso invoca el racionalismo la perfectibilidad humana, y compara á nuestro linaje con un hombre que estuviera aprendiendo siempre y cuyo ánimo estuviera adquiriendo siempre nuevos grados de civilización y cultura; pero si bien se mira, de este progreso al que ha inventado el racionalismo, hay inmensa distancia. El primero, conviene á saber, el perfeccionamiento sucesivo del género humano, de que ya nos habló PASCAL, sería en todo caso un progreso extrínseco y accidental, y como tal no conferiría á los hombres ninguna cualidad nueva ni virtud alguna moral independiente de su albedrío; mas, por el contrario, el progreso panteístico es atribuido en concepto de principio y ley orgánica á la Humanidad en general, en donde se muestra, como dicen, en formas varias y aun opuestas entre sí, de modo que la Humanidad haya de ser cada día mejor y más perfecta, más santa y más feliz por efecto de su propio desenvolvimiento. Según esta escuela, el progreso no conserva, sino destruye, no sólo para sacar nuevas formas, sino seres de especies diferentes, conforme á la teoría transformista, en que se refleja á su modo el movimiento dialéctico y progresivo de la idea hegeliana.

Cuanto á la perfectibilidad natural del hombre, aunque no hay duda sino que ésta es una de sus mayores excelencias, no debe olvidarse que ella de por sí no encierra perfección ninguna. "No debe confundirse, dice el sabio CARDENAL GONZALEZ hablando de la perfectibilidad, la simple *posibilidad* del progreso con su realidad. La razón nos dice, sí, que la inteligencia humana, tanto la individual como la colectiva, *puede* marchar siempre adelante en el descubrimiento y posesión de la verdad; pero no nos lustra ni asegura que la realidad obje-

tiva corresponda siempre á esa posibilidad. Que si del terreno de la razón pura pasamos al terreno de los hechos, la Historia da testimonio de la movilidad real y efectiva de la razón humana, al menos con respecto á las naciones y agrupaciones de pueblos que constituyen el centro de la civilización; *pero está muy lejos de atestiguar que esa movilidad real se verifique siempre en la dirección de la verdad y no del error* ^{1.}

También debe recordarse que junto con esa hermosa excelencia radica, por desgracia, en el hombre el principio de la decadencia, ó sea la inclinación al mal, que es la privación de bien honesto, sin el cual se vicia y se corrompe y muere todo lo que perfecciona y embellece á la sociedad y al individuo. Dada la depravación actual del corazón humano, lejos de ser natural el adelantarse el género humano constante y necesariamente en el camino de la sabiduría y de la virtud, lo que la Historia y la experiencia nos dicen, de acuerdo con la fe, es que se despeña miserablemente muy á menudo en el abismo de la degradación y del vicio. ¡Qué sería, en realidad, del hombre si una acción superior á él no le detuviese en la pendiente por donde desciende á impulso de las pasiones, movidas muy á menudo por la razón misma, á quien nunca suelen faltar razones para justificar aun los mayores crímenes, y por una voluntad débil é inclinada al mal!

Lo que á la Humanidad es connatural, no es ciertamente la ley del progreso, sino la ley, si así puede decirse, de la decadencia. La Historia da testimonio de ella. Del primer período de la historia del linaje humano enseña la Escritura que toda carne había en él corrompido su camino: *Omnis quippe caro corruperat viam suam super terram* ^{2.} Entre los judíos la sociedad declinaba cada vez más en el orden religioso. Roma, por su parte, descendió hasta el abismo de la corrupción siguiendo aquella triste ley que formuló Horacio en los conocidos versos:

¹ *Estudios religiosos, filosóficos, políticos y sociales.—La filosofía de la Historia*, pág. 95.

² Génesis, VI, 12.

*Aetas parentum peior avis tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore* ^{1.}

Destruído el Imperio romano, las artes, las ciencias, la cultura en general huyeron despavoridas por espacio de largos siglos, dejando á Europa en poder de la barbarie. Vino después el mahometismo con todos sus absurdos é incentivos, y he aquí que durante más de doce siglos los pueblos musulmanes no han puesto el pie siquiera en las vías de la civilización. Los americanos, antes de recibir el Evangelio, bárbaros eran, idólatras, y muchos de ellos salvajes. La China inmóvil se está é inmóvil estará mientras viva aislada dentro de sus murallas. Por otra parte, es sabido que el salvaje es una rama seca desprendida del árbol de la civilización, que jamás ha recobrado espontáneamente la vida intelectual ^{2.}

Yo bien sé que en Europa especialmente, después de la Edad Media y durante este mismo período, la civilización y la cultura llegan á florecer y mostrar frutos muy excelentes; mas recuérdese que en esta nuestra civilizada Europa hay dos corrientes ó tendencias enteramente contrarias entre sí: una que podremos llamar *progresiva*, y otra *decadente*, cuya decadencia es tanto mayor cuanto es más alta la cumbre desde donde comienza el descenso. Las dos ciudades, una de ellas divina y la otra humana, proceden mezcladas, y así no es ma-

¹ OVID., III, 6.

² "Cuanto más cerca está el hombre, ha dicho BENJAMÍN CONSTANS, del estado salvaje, más refractario es al progreso. Las hordas errantes que hemos descubierto esparcidas en las extremidades del mundo conocido, ni un solo paso han dado hacia la civilización. Los habitantes de las costas que visitó Nearco, son hoy lo que eran hace dos mil años; ahora como entonces, estas hordas sacan del mar su inseguro sustento; ahora como entonces, todas sus riquezas consisten en osamentas acuáticas arrojadas por las olas. Ni la necesidad las ha instruído, ni la miseria ha sido parte á abrirles los ojos, y ante los viajeros modernos han parecido tales como veinte siglos atrás se ofrecían ante los ojos del almirante de Alejandro. Otro tanto debe decirse de los salvajes que en la antigüedad describió Agatharchides, y de los que en nuestros días ha descrito. Rodeadas de naciones civilizadas, cercanas al reino de Meroe..., estas hordas han seguido embrutecidas... sobre la cabeza de las cuales han pasado los siglos sin que para ellas haya habido mejora, ni progreso, ni descubrimiento ninguno." (*Coup d'œil sur la théorie rationaliste du progrès.*)

ravilla que el movimiento de ellas sea en sentido recíprocamente inverso: el de la primera, en dirección al Cielo; el de la segunda, al averno.

Es cosa indudable que si la sociedad europea no hubiese sido penetrada del espíritu divino, abandonada á merced de sus propias fuerzas, no habría podido gloriarse en la civilización y cultura de que hoy goza. "Todos los pueblos civilizados, ha dicho un librepensador en el libro mismo en que fué osado á renegar de la divinidad de Jesucristo, toman el principio de su era del día en que nació Jesús. La Humanidad posee aquí un principio inagotable de regeneración moral... No hay otro principio de renovación fuera del Evangelio... El cual ha puesto la base... de la civilización... Después de haber recorrido el círculo de todos los errores, la Humanidad volverá á él como expresión inmortal de su fe y de su esperanza ¹."

Basta fijar algunos instantes la atención en la repentina y completa mudanza que se obró en el mundo con el advenimiento del Cristianismo, y cuyos efectos siguen y seguirán hasta el fin de los siglos, no obstante los gérmenes de decadencia y barbarie que la Humanidad encierra en su seno, para discernir una de aquellas dos corrientes de la otra. Comparemos si no la sociedad cristiana con la pagana bajo el triple concepto de la Religión, de la moral y de las instituciones sociales.

En la sociedad pagana dominaban —y dominan aún en los pueblos no iluminados por el Evangelio,—la idolatría y el politeísmo, siendo los dioses tales y de tal condición que "nacían en los huertos", *numina nascebantur in hortis*. De la misma Roma hubo de decir un Padre de la Iglesia ² que se figuró que había abrazado una religión grande en el hecho de no rechazar en punto á religión ninguna mentira: *et Roma magnam sibi videbatur assumpsisse religionem, quia nullam respuebat falsitatem*. Absurdos contra los cuales opuso súbitamente

¹ RENÁN, *Vie de Jésus* en AUGUSTO NICOLAS.

² SAN LEÓN, serm. 1 in Nat. SS. Petri et Pauli.

el Cristianismo las verdades de una Teodicea purísima, no profesada jamás por filósofo alguno no ilustrado por la fe, y con ella los augustos misterios de la fe misma.

En el orden de la moral, á la relajación espantosa á que llegó la pobre Humanidad cuando al lado de la apoteosis del crimen reinaban la poligamia y el divorcio, tan frecuente entre los romanos, que las mujeres llegaron á contar los años, no ya por los cónsules, sino por el número de sus maridos, el Cristianismo opuso el *uno con una y para siempre* del matrimonio cristiano, y toda la excelencia y santidad de los preceptos y consejos del Evangelio.

Por último, en el orden social y político, sabido es que la esclavitud era de derecho de gentes entre las naciones gentiles; que la mujer era tenida por instrumento de deleite, y los hijos por propiedad de los padres; que la ley era la voluntad del Príncipe, y que el Estado no conocía límites en su poder. ¿Pues á quién sino al Cristianismo se debe el remedio de los vicios que corroían á la ciudad pagana? ¿Quién sino el Cristianismo abolió la esclavitud, dignificó al infante y á la mujer, hizo de la autoridad un ministerio divino para el bien, y ennoblecó la obediencia y estableció en los pueblos que reciben su influjo el reino de la justicia y del amor?

Tan cierto es que la Humanidad lleva dentro de sí el germen de la decadencia, que sin una autoridad doctrinal inmóvil en la posesión de la verdad, asistida de luz indefectible con que pueda explicarla y defenderla contra el sofisma, la corrupción de los pensamientos y, por consiguiente, de los afectos, es inevitable. La razón es muy clara: el progreso no es variación ni destrucción de lo verdadero y de lo bueno que ya existe en el orden intelectual y moral, considerado en sí mismo y en sus aplicaciones al arte y á la vida social, en la familia y el Estado; por el contrario, supone una norma constante de verdad y honestidad, la cual exige por su parte una autoridad infalible que la mantenga incólume defendiéndola contra los asaltos del materialismo, del escepticismo, del panteísmo y de

la falsa crítica. "Cuando la sociedad—dice el insigne P. TAPPARELLI,—llega á tener un intérprete *auténtico é infalible*, puede progresar sin perder ni unidad ni verdad...; la civilización bajo el influjo del individualismo, es *decadente*; bajo el de una autoridad muerta, es *estacionaria*; bajo el influjo de una autoridad viva, es *progresiva* ¹." Así entre los hebreos—observa el mismo autor,—cuando por espacio de cuatrocientos años dejaron de asistir al pueblo los profetas, surgieron las sectas de los fariseos, de los saduceos y otras; y después, en el espacio de diecinueve siglos, el verdadero progreso se ha mostrado únicamente en el seno de la Iglesia, manteniéndose incólumes la unidad y la verdad, al revés de lo que acontece en las sectas, especialmente entre los protestantes, donde, por no haber autoridad auténtica é infalible, la unidad se rompe y resuelve en la variedad de opiniones, que ha sido y será siempre señal indubitable de error y principio de corrupción."

Del espíritu generador de estas variaciones, cuya historia describió BOSSUET, demostrando con ellas la falsedad del protestantismo, salió también el racionalismo absoluto, que comenzó en Alemania con KANT, y que después de haber llegado á la cumbre de su falsa gloria en HEGEL, se ha convertido en fábula de las gentes. Al idealismo ha sucedido el positivismo, que no es sino el materialismo velado. A decir verdad, desde el día de su nacimiento hasta el de su mortal agonía, el racionalismo alemán ha procedido de error en error, sin detenerse un momento hasta haber tocado en los últimos términos del absurdo. KANT estableció como principio que el conocimiento intelectual procede únicamente del entendimiento y es regla única de lo verdadero; FICHTE dió un paso más allá diciendo que nuestro espíritu produce, no ya sólo el conocimiento, sino la cosa misma conocida; SCHELLING á su vez redujo estos dos conceptos á uno solo en su sistema de la identidad universal; y HEGEL, finalmente, llegó hasta querer sacar de la idea del ser-nada el espíritu y la naturaleza, la ciencia, la religión, el

¹ *Ensayo teórico de derecho natural*, disert. VI, cap. IV, núm. 1.592.

arte, el Estado y aun á Dios mismo. El progreso negativo en el error es, pues, evidente fuera de la ciudad divina.

Excusado es añadir que en todas esas esferas de la vida tales conceptos no han dado ni podido dar de sí nada que no sea independencia absoluta de la criatura racional respecto de Dios su Criador, libertad de la carne de la ley del espíritu, despotismo en la autoridad, rebelión en el pueblo, irreligión, odio, licencia y anarquía. ¡Admirables frutos y testimonio del progreso, erigido por los modernos idealistas en ley fatal de la Humanidad y de su historia!

Por lo tocante al positivismo, la misma fórmula con que esta filosofía propone esa ley, es argumento certísimo de la decadencia á que está sujeta la razón humana cuando se subleva contra la autoridad. Sostienen los sabios positivistas que "todos nuestros conceptos recorren tres estados, á saber: el estado *teológico*, el estado *metafísico* y el estado *positivo*. En el estado teológico, el hombre, reconociendo en el mundo exterior la idea que tiene de sí mismo, presupone que las voluntades son movidas por voluntades esencialmente semejantes á la suya; en el estado metafísico substituye con algunas abstracciones y entidades los conceptos concretos del sistema teológico; y, por último, en el estado positivo, reconociendo á la verdad su lugar en el sistema de que hace parte, comprende que el conjunto de los fenómenos está determinado por las propiedades de las cosas de donde se originan las leyes inmutables... Así la Física, por ejemplo, que para explicar el rayo recurrió por espacio de largo tiempo á Júpiter primeramente, y después al horror, al vacío, ha venido, finalmente, á ser el estudio normal de la gravedad, de la electricidad, de la luz, del calor ¹."

Ahora, ¿puede acaso darse mayor degradación en el humano linaje que la de perder el entendimiento de vista las verda-

¹ Así el positivista LITTRÉ, *Conservation, révélation et positivisme*.—Sabido es que también éste abjuró de sus errores y abrazó la fe católica, en que tuvo la dicha de morir.

des sobrenaturales de la fe, que considera la sagrada Teología, renunciando á la doble luz de la revelación y de la razón, para encerrarse como vil gusano dentro de lo sensible y material? ¿No es esto excluir el principio de toda perfección intelectual y moral, negando por una parte á la misma razón humana la virtud que posee de discurrir por el campo de lo inteligible, ayudada de la luz sobrenatural de la revelación y de la fe, y por otra la libertad de albedrío, perfeccionada y defendida por la ley natural y la divina? "He aquí, dice un insigne filósofo cristiano, el término á que hemos venido. Después de tan ponderados progresos la ciencia ha llegado á negar hasta la fuente misma del progreso, que es por una parte la razón como facultad esencialmente distinta de los sentidos, y por otra la verdad como objeto incomunicable al sentido. Sin duda ha sido consejo benigno de la Providencia que la razón, engreída con las conquistas obtenidas mediante la acción benéfica del Cristianismo, y cuando ya meditaba escalar el Cielo, sea ofuscada hasta el punto de no percibir ya el principio que la distingue de los animales, y que constituye su nobleza y su excelencia. ¡Ella, que cree que se basta á sí misma y que puede sacar de sí toda la ciencia, por permisión de Dios llega á perder hasta el principio de la ciencia, la realidad é inmutabilidad de la verdad! ¡Ella, que quiere proceder siempre con evidencia geométrica y se niega á admitir lo que no se pesa con la razón, vese reducida á poner la *analogía* en el lugar de la evidencia y á reemplazar con apariencias la realidad ¹."

VII

Aún no habrá olvidado el lector que también me propuse probar en este breve ensayo, con ocasión de las palabras del ilustre Marqués de Valdegamas que se leen en las primeras páginas de él, que la Historia no es verdadera ciencia, tomada esta palabra en el sentido riguroso en que la toman los parti-

¹ PRISCO, *Lo Hegheltianismo* (Nápoles, 1868), pág. 240.

darios del progreso fatal y necesario de la Humanidad. Con ellos coincidía literalmente, ya que no según el espíritu, nuestro ilustre publicista en el tiempo de sus ilusiones doctrinarias, cuando decía que la ley del progreso dominaba las generaciones humanas, y que ésta es ley *fatal*, que encierra en su seno una serie de consecuencias *lógicas é inflexibles* que es *forzoso* que se realicen y se cumplan. No suena de otro modo la voz de los modernos doctores en la gran vanidad de vanidades—palabras proferidas por uno que había sido graduado en ella, y que después se convirtió á la verdad ¹—que lleva el nombre de *filosofía de la Historia* en las escuelas heterodoxas. Según la fórmula de V. COUSIN, que este filósofo tomó de sus maestros alemanes, la Historia es "una geometría inflexible en que todas las épocas, con todo el número y orden y desarrollo de ellas, están determinadas con caracteres indelebles," ².

No son, á la verdad, una misma cosa en la mente de tales doctores lo que llaman *ley del progreso y filosofía de la Historia*. Esta última es la Historia misma erigida en ciencia propiamente dicha, y aquélla es uno de los dos postulados de esta supuesta ciencia ³, según el cual "todos los actos humanos, no de otra suerte que los hechos naturales, están determinados por causas y condiciones necesarias, con exclusión de toda especie de contingencias, así en el mundo de la Humanidad como en el de la Naturaleza," ⁴.

Pero basta recordar el concepto de ciencia, tomada esta voz en sentido propio y riguroso, y compararlo con el que debemos tener de la Historia, para entender luego al punto la falsedad de semejante doctrina.

¹ ANTONIO FRANCHI.

² *Introduction à l'hist. de la phil.*, lec. 7.

³ El otro falso postulado de la filosofía racionalista es este otro, formulado por ANTONIO FRANCHI: "De toda la serie de los actos humanos, así como de los hechos naturales, se tiene conocimiento, si no plenamente adecuado y absoluto, al menos tal y tan grande que excluya la posibilidad de todo error en la determinación esencial de cada serie, ó sea que no deje lugar á alteraciones ó perturbaciones tan leves que puedan ó deban dejar de ser tomadas en cuenta sin detrimento alguno de la teoría." (*Ultima critica*, pág. 184.)

⁴ *Ibid.*